

Sobre Erraki, autonomías y paradojas

2019-06-30

A raíz del comunicado de Erraki dando a conocer los ataques que ha sufrido por obra de personas anónimas, han surgido diversas interpretaciones conceptuales, totalmente erróneas, que responden al único fin de enmarañar la situación y atacar el proceso socialista en Euskal Herria. Algunas provienen de quienes han lanzado la primera piedra. Otras de oportunistas que no dudan en ofrecer a los primeros héroes el barco salvavidas de la reacción.

Ya la propia [Erraki ha respondido a esas falsedades y manipulaciones](#) a cerca de sus planteamientos y ha expuesto una definición adecuada de los conceptos empleados por las personas anónimas para atacar su proceder. No está de más reiterar. Entre las críticas que señala haber recibido Erraki hay una que no falla: destrucción de la autonomía de los espacios autogestionados. Como ya aclaran en la respuesta, la autonomía implica relatividad y dependencia para con el poder que la estructura. Autonomía, en el sistema capitalista, implica parcialidad, impotencia e incapacidad para ejercer el poder real de la clase obrera. Es una falsa autonomía en la que la dependencia absoluta con respecto al poder enemigo pretende ser encubierta con viejas proclamas anarquistas pretenciosamente libertarias.

El poder que unifica todas esas formas autónomas es el capital. Este no es, en cambio, una unidad exterior superpuesta. Al contrario, en tanto que unificador, implica que es articulador y, por lo tanto, en tanto que unidad externa, es necesariamente la unidad interna de todas esas formas, que son ellas mismas expresiones concretas del valor. Esto no implica, como bien señala Erraki, destruir la autonomía operativa de los espacios autogestionados, si entendemos autonomía como capacidad de operar de los mismos, sino que la construye realmente, en tanto que se conecta a un proceso de constitución de un nuevo poder que la hace posible. Es evidente que esto implica cambios incluso en los propios espacios autogestionados, pero esa necesidad no la impone Erraki, sino que la realidad misma, y ha de surgir como proceso de autoorganización de la clase obrera, al interior de la misma. Pretender sustituir y confundir la necesidad del proceso socialista que se está desarrollando con el subjetivismo del autoritarismo impuesto exteriormente es manipular lo que

está pasando y remover prejuicios del pasado, de los que el movimiento socialista de Euskal Herria ya se ha deshecho.

De la perspectiva burguesa de la autonomía surge la acusación de usurpación del poder a los espacios autogestionados que han vertido en foros virtuales y en los que además, como prueba del escaso compromiso y la nula fidelidad militante de quienes lo han hecho, sacan a la luz datos organizativos que parece que Erraki había hecho llegar en sus presentaciones. De la baja moral de ese actuar no hablaremos hoy. En cuanto a la usurpación del poder, es fácil deducir que allí donde no hay poder este no puede ser usurpado. Se ha podido comprobar históricamente que todo movimiento descentralizado, que no responde a una división socialista del trabajo y a una centralización política de las capacidades del proletariado, es un movimiento impotente ante el capital que, cuando no directamente articulado por el mismo, es rápidamente asimilado a sus límites. Es más, precisamente es la falta de centralización socialista, de división armoniosa del trabajo en el seno del proceso socialista la que posibilita la burocracia y el autoritarismo, el control más irracional sobre las masas y su subordinación total a un poder político que no emana de sus formas económico-sociales de poder, derivadas de la construcción económica del socialismo, sino que de la fe ciega a una organización que centraliza en unos pocos todas las capacidades, tal y como pretenden hacer quienes en nombre de la autonomía no dudan en ejercer un control sobre diferentes espacios autogestionados, a los que, según parece, Erraki les ha ofrecido la oportunidad de pertenecer a algo más grande, no de controlarlos. ¿No será que algunos anónimos tienen el temor a ser degradados de su capacidad dirigente en esos espacios, esto es, a perder el control autoritario e irracional que ejercen en tales espacios? Según consta, esta es una hipótesis más que posible, llegando incluso a imponer el no a una herramienta para la autodefensa cuando la mayoría de la asamblea se había manifestado favorablemente a la misma.

La realidad es que por mucho que pretendan hacer ver lo contrario, no existe poder alguno de los espacios autogestionados para llevar a cabo su defensa, y no existe porque no pueden existir tales capacidades en una organización asamblearia.

La organización de las capacidades defensivas de la clase obrera es un momento crucial e indispensable en el camino hacia la organización ofensiva

de la clase obrera y su constitución en Partido. Hasta ahora esa eficacia solo la ha demostrado el movimiento comunista. Como afirma Erraki, esa es la condición indispensable para poder hablar de una autonomía real, de un control real sobre los espacios, y no su perpetuación como herramientas indefensas e inofensivas de la clase obrera. Ahí no hay usurpación de nada; hay construcción de poder bajo una forma necesaria, que no tiene origen alguno en la autonomía atomizadora burguesa sino que en la centralización y organización de las capacidades políticas de la clase obrera. Solo bajo esa forma se puede hablar de poder y de capacidades defensivas. Todo lo demás es ilusión pequeñoburguesa.

Hay quien ha aprovechado este despropósito disfrazado de crítica para ejercer su función política reaccionaria, que no es otra que evitar un proceso socialista en Euskal Herria. Yerra, una vez más, en el tiro. Acusar a Erraki de una actividad anónima y, por lo tanto, de contradictorias sus críticas a una crítica por ser anónima tan solo evidencia el concepto hegemónico que tiene sobre lo público la política burguesa. No es difícil deducir que el espacio público para Erraki son los espacios autogestionados, con los que ha compartido su propuesta, y por lo tanto la crítica de anonimidad está dirigida a miembros que han recibido la propuesta, han callado y han hecho un trabajo sucio para atacarla sin dar la cara. Que Erraki sea anónimo más allá del sujeto al que se dirige tan solo habla bien de su organicidad y funcionalidad, y que eso sea criticado por representantes públicos de la política burguesa es algo que se podía esperar.

Tampoco sorprende que se vea una paradoja en que los militantes de los espacios de control obrero los abandonen cuando empiezan a trabajar, y se llegue a la absurda conclusión de que debería ocurrir lo contrario, obviando la función social del trabajo como estructurador de la vida y como herramienta para la desactivación política, y con ello obviando también la contradicción destapada: la imposibilidad de realizar el sujeto proletario, revolucionario, en tanto que se perpetúa la condición de asalariado. Esto es una paradoja para los obreristas, no así para los comunistas. De aquellos polvos, estos lodos. La concepción revisionista sobre la unidad de sujeto-objeto lleva a cuestiones tan absurdas como preguntarse si un burgués podría participar de un espacio de control obrero. Una nueva práctica conlleva una nueva objetividad. Absurdo sería reducir a la clase obrera a su momento económico y obviar como objetividad estructuradora del sujeto la propia forma organizativa desarrollada

en los espacios de control obrero. La pregunta sería si el burgués está dispuesto a deshacerse de su condición y sumarse al proceso socialista y no, a la inversa, si el proceso socialista está dispuesto a aceptar burgueses, pregunta esta propia de políticas burguesas de acumulación de fuerzas eclécticas, y no de comunistas.

Es condición de espacios de control obrero su no control por parte de políticas burguesas, sean sindicales, partidistas o populares. Es importante determinar a qué sujeto y a qué proceso sirven, para determinar la cualidad de un espacio, que de por sí no es más que un volumen y que solo adquiere su cualidad espacial por articulación social. El espacio es una relación social viva, no un amasijo de materiales inertes, y por lo tanto no lo es en sí, sino que para sí. Con esto salta a la vista lo limitado del subjetivismo empirista, que en su versión política es la política institucionalista del salvador, que no logra sino perpetuar la opresión.

Con todo, las críticas a Erraki se antojan contrarias al proceso socialista de emancipación de la clase obrera, de la abolición de las clases sociales y de la explotación, y de construcción del comunismo a escala planetaria. Y sus precursores, así como sus salvaguardas, cubiertos de retórica burguesa, actúan objetivamente en las filas de la reacción, por mucho que intenten disfrazarse de lo contrario.